

Blanca Álvarez

Sonata de amor



Quarteto de cuerda 

ANAYA

1.ª edición: septiembre 2009

© Del texto: Blanca Álvarez González, 2009
© De esta edición: Grupo Anaya, S.A., Madrid, 2009
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Diseño de cubierta:
Miguel Ángel Pacheco y Javier Serrano

ISBN: 978-84-667-8446-7
Depósito legal: M. 33282/2009
Impreso en ANZOS, S.L.
La Zarzuela, 6
Polígono Industrial Cordel de la Carrera
Fuenlabrada (Madrid)
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas en este libro son
las establecidas por la Real Academia Española en su última
edición de la *Ortografía*, del año 1999.

*Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley,
que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes
indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran,
distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria,
artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada
en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio,
sin la preceptiva autorización.*

CUANDO POR FIN conseguí un hueco en el atiborrado tablón de anuncios, creí que tardaría semanas en recibir respuesta. Necesitaba, con urgencia, sacar un dinero extra si quería ir a Normandía con Julio, ya que mis viejos jamás pagarían los gastos para «esa estupidez de los conciertos folk». Lo que no entendían era la angustia de imaginarme a Julio, solito y rodeado de fanáticas, que no tienen ni puñetera idea de música, pero son capaces de aprovecharse de sus debilidades líricas. Vamos, que me lo birlan en un abrir y cerrar de ojos. ¡Ni imaginar a mi santa madre pagándome el billete de interraíl! No le importaría pagar un curso en Viena para estudiar Barroco, pero que me pasara quince días «dando saltitos» y sin practicar escalas... ¡Le da un infarto!

Busco instrumentistas de cuerda para formar cuarteto y hacer bolos. Yo soy violín.

No me servía un cuarteto cualquiera, quería que fuera de cuerda. Lo de «soy violín» ni siquiera era una metáfora; desde hacía doce años, él era mi otro yo, un trozo de carne propia. Añadí el número de mi móvil y mi correo electrónico. No dije

ni que era novata ni que tenía diecisiete tacos ni que carecía de contactos para los supuestos bolos. Poca información y mucho morro. Esa era la filosofía de mi hermana mayor, Ana, estudiante de Biología y capaz de ver negocios debajo de las piedras. Ella era capaz de demostrar una conducta pragmática y sin mayores razonamientos mucho mejor que bien. Claro que mamá no había puesto sobre su cabeza todas las viejas frustraciones de pianista sin terminar solfeo por matrimonio temprano. Sobre la mía, sí.

Cuando salí de clase de piano complementario, encendí el móvil y encontré el primer mensaje.

Me llamo Carla, toco violín. Me interesa tu propuesta.

Bueno, si la tal Carla cuajaba, ya seríamos dos violines. Marqué el número después de darme ánimos y convencerme de que mi propuesta era estupenda y yo misma una experta en el mundillo de buscarse la vida en actuaciones.

—Hola, soy Carmen, la del anuncio.

—Hola. —Le temblaba un poco la voz, debía ser más novata que yo, ¡menudo comienzo!—. Estoy en primero de superior...

—¿Podemos vernos?

A mi misma me extrañó la seguridad de mi pregunta; si yo fuera la tal Carla, me acojonaría la sequedad. Empecé a pensar que la genética jugaría a mi favor y resultaría tan apabullante y convincente como mi hermana Ana.

—Claro, cuando quieras... ¿Dónde estás?

—Ahora mismo a la entrada del conservatorio... ¿Y tú?

—En la cafetería, ¿subo?

—Mejor sí.

—Vale, ¡ah!, soy rubia, melena, llevo una trenca azul...

—Te espero.

Me imaginé a la típica niña formalita, tímida, de esas que van del conservatorio al instituto, del instituto a casa y no encuentran tiempo ni para echarse un ligue. ¡Mejor!

—¿Tú eres Carla?

—¿Carmen?

—La misma. Vamos a Los Tres Reyes, estaremos más tranquilas.

Casi se puso colorada. Me siguió sin decir palabra y me imaginé que sería fácil manejarla a mi antojo. Además, me pareció una cría. Resulta difícil imaginar el carácter que se gasta Carla, viéndola ruborizada, formalita, y con la mirada inocente de quien no ha roto un plato en su vida. Sin embargo, esa fue la primera imagen y, por tanto, la primera impresión que me dio. Lo cierto es que duró poco y ella se fue encargando de ir desmontando el primer juicio con una personalidad que podía aplastar como un tanque; también supo demostrar lo generosa que podía llegar a ser... Pero eso y muchas otras cosas, vinieron después.

—Un café. —Lo pedí sintiéndome adulta total.

—Zumo de naranja, natural, por favor.

¡Había dado con una puritana! La retraté en dos segundos: hija única, o casi, de familia bien, con casa en las afueras, socios de la Ópera, bien alimentada, ecologista chic de esas que piden agua mineral con etiqueta y la distinguen por sus cualidades... Y, por supuesto, sin escuchar otra música que la clásica bajo pena de herejía grave. ¡Yo misma podía ser ella el curso anterior! Bueno, salvo la casa en las afueras, porque mi familia tenía vocación urbanita sin fisuras. A la tal Carla le faltaban unas cuantas noches de fiesta por el casco antiguo y un chico

como Julio, bastante mal estudiante, adicto a la música folk con ganas y capaz de llevarte a las nubes con un par de besos. Por suerte para mi sacrificada vida estaba Julio y sus besos.

—¿Cuántos años tienes? —Reconozco que hice la pregunta con una dosis de maldad.

—Dieciséis —lo dijo en voz baja, pero sin ninguna inseguridad.

—¿Has estado alguna vez en algún cuarteto de cuerda?

—De manera profesional, no. —Traté de no soltar una carcajada, ¿profesional?—. Solo en los obligatorios del conservatorio.

—Ya.

Callé y me tomé un tiempo para fingir que sopesaba el problema de su poca edad. Lo cierto es que no sabía por dónde seguir. Por suerte, sonó el móvil.

—Sí.

—¿Carmen?

—Sí.

—Hola, soy Celia, viola. —Estaba clara la deformación que nos gastábamos: no éramos personas, sino la parte andante del instrumento que tocábamos—. He visto... hemos visto tu anuncio. Mi amiga Cloe y yo andábamos buscando lo mismo.

Aquella no se parecía a Carla, su tono me recordó al de Ana: de las que pisan fuerte, apabullan y mandan.

—¿Estás ahí?

—Sí, ¿qué toca tu amiga?

—Chelo, ¿tú?

—Violín, bueno, mi amiga Carla también.

Incluir a Carla fue un modo de no bajar la guardia y no dejarme en minoría, es decir, no concederle a la tal Celia el

privilegio de imponer normas por el mero hecho de venir con otra al futuro cuartero. Guardó unos segundos de silencio. Carla me miraba entre la admiración y la gratitud.

—Bueno, creo que sería un buen cuarteto, ¿no? ¿Cuándo podemos vernos las cuatro?

—Mi amiga y yo estamos tomando algo en Los Tres Reyes... Aunque no dispongo de mucho tiempo, a las doce tengo composición...

—Bien, llegamos en dos minutos.

Cerré el móvil y miré a Carla calibrando hasta dónde podía contar con ella para que también fuéramos dos de golpe y equilibrar fuerzas. Ana insistía en que los negocios funcionan si empiezan como deben, lo que para ella venía a significar si dejaba claro que ella o mandaba o, como mínimo y solo de manera excepcional, co-mandaba.

—Gracias —dijo tan bajito como antes, mi nueva socia.

—¿Por?

—Por incluirme. —Sonrió, y en ese momento comprendí que sería muy joven, muy rubia, muy ñoña..., pero no tenía ni un pelo de tonta.

—Mejor que estemos en condiciones de igualdad.

—Creo que sí. —Bebió otro sorbito de su zumo—. Soy buena en violín, ¿sabes?

—Me imagino, yo también. ¿Por qué quieres apuntarte a esto?

—Supongo que por lo mismo, o sea, para sacar unos extras. —Puse cara de no creérmelo, surtió efecto—. Bueno, y porque será un modo de tener amigas...

—Yo, los amigos, los prefiero fuera de este mundillo, demasiado cerrado, demasiado pijolindo, demasiado buitrero...

—Ya.

Sentí un poco de lástima. Debía tener problemas para hacer amigos, claro que la exigencia del conservatorio y tener que cumplir, por narices, con la enseñanza obligatoria, no dejaba mucho tiempo libre, ¡si lo sabría yo, que había tenido que imponerme en casa para empezar a salir viernes y sábado como una tía normal! Un año más en el mismo plan de estudiar y estudiar, y terminé atontada, amuermada y monja laica. Y no era fácil encontrar amigos, si lo sabría yo: fuera del mundillo, porque no entendían el horario; dentro, porque casi todos nos portábamos como rivales.

—Vosotras debéis ser las violinistas.

Levanté la cabeza. Una pelirroja de rizos rebeldes, ojos verdes, pecas, suéter de mil colores, bufanda roja, botas azul cobalto, metro ochenta, tipazo de modelo y sonrisa desenfadada me miraba mientras se sentaba y señalaba a la otra, morena, pelo al uno, vestida de negro total y aplastada por un chelo casi mayor que ella.

—Esta es Cloe. Le cuesta un poco el castellano... ¡Francesa! —lo dijo como si eso fuera un título—. Y lo que es mejor, independiente, con apartamento para ella sola...

Tuve la certeza de que Celia mandaría en el cuartero lo quisiera o no. Bueno, en el cuarteto y en todo cuanto le diera la gana. Por lo pronto, Cloe no abría la boca, o por el mal castellano o por pura pereza para rebelarse contra aquel torbellino que pidió dos colas sin consultar a su amiga y ocupó su espacio, y el de todas nosotras, con la naturalidad de una princesa tratando a sus súbditos.

Debía ser genético ese modo de estar en el mundo de algunas personas. Yo tenía una en casa igualita a Celia: se imponía,

mangoneaba, manipulaba... ¡Sin hacer ningún esfuerzo especial y sin llegar a cabrearte! Eran almas gemelas aquella Celia y mi hermana Ana, sonreían y te ibas al infierno de cabeza y, además, dándoles las gracias.

—¿Estáis en Superior, no?

—Carla en primero, yo en segundo. —Sentí que me robaban territorio—. ¿Vosotras?

—Las dos en tercero.

¡La cagamos! Un curso de diferencia a estas alturas de la función suponía casi lo mismo que hablar con un bachiller cuando tú aún transitas por la puñetera ESO.

—¿Aún no estabais en ningún grupo? —No me rendiría tan fácil.

—Sí, bueno, yo sí, Cloe está recién llegada...

—¿Cómo os conocisteis? —Era la primera vez que Carla abría la boca desde que la oleada de Celia nos derrotara.

—Bueno, somos casi familia, sus padres se divorciaron, ya sabéis el rollo ese. Total, que ella decidió pasar una temporada con los abuelos, unos enrollados que viven en Gijón y prefirieron que no anduviera viajando todos los días, así que le pagan el apartamento. Cosa que nos viene a las dos de perlas...

¿Cuánta información era capaz de soltar Celia por minuto?

—¿Qué pasó con tu grupo?

Confieso que casi beso a Carla allí mismo, cuando formuló la pregunta. La niña tenía reflejos. Celia quedó descolocada un par de minutos. Lo justo para mover sus rizos pelirrojos, darse un largo trago de cola y mirarnos como si no tuviéramos ni puñetera idea de la vida.

—Lo normal, eran de cuarto el año pasado, una flauta dulce, violín y chelo, yo era la viola; este año ya se están

buscando la vida como profesionales... Además, prefiero un cuarteto de cuerda.

Parecía que el anuncio lo había puesto ella y no yo. Estaba con nosotras porque «prefería» un cuarteto de cuerda. Con todo, curiosamente, no me cayó mal, es decir, no me sonaron las campanillas de alarma, esas que, según mi hermana, debía escuchar atentamente siempre, «tú que las tienes, *peque*, úsalas y descarta a quien te vibre». De Cloe aún no podía decir nada y Carla me «sonaba» bien.

Deduje que sería Celia quien nos proporcionaría los contactos. ¡Aquello podría funcionar!

—Yo tengo que ir a clase. —No me la podía fumar, en realidad en el conservatorio casi nunca se podía faltar a las clases—. ¿Podemos vernos y probar cómo nos va?

—¡Estupendo! —Celia también nos aceptó, Cloe no abrió la boca—. Si podéis esta tarde, en el apartamento de mi amiga. ¿A las seis os viene bien?

—Por mí sí.

—¿Puede ser a las seis y media? —Carla se puso roja como un tomate.

—Vale. A ver si cuajamos, porque yo tengo que decir si lo formamos para unos bolos... —dijo Celia con su apabullante seguridad.

—¿Ya tienes bolos? —Me sentí imbécil total.

—Un viejo compromiso, me llamaron porque ya me conocían del otro grupo... Un congreso de jueces, o juristas, o algo así... Fácil, no tienen mucho oído y si logramos encajar algo chic que pete y suene «intelectual», de puta madre. Pagan bastante bien...

A mí me parecía ya estar en las nubes. No entendía qué podía sonar a «intelectual», claro que yo no había hecho bolos

cobrando nunca. Lo de chic me pareció muy propio de la pijolandia cultural donde habitaba todo cuanto se cotiza, pero, ¡a la porra mis prejuicios, necesitaba pasta! Aquello era comenzar con buen pie, aún no teníamos formado el cuarteto y ya teníamos un curro. ¡Se lo contaría a la listilla presumida de mi hermana y fliparía en colores!

Nos pasamos la dirección y quedamos a las seis y media. Me despedí y salí corriendo, porque no llegaba, también para que no me vieran la cara de tonta feliz que debía estar poniendo.

Por alguna razón que entonces no entendí, no le mandé ni un mensaje a Julio. A veces intuía unos extraños celos profesionales en el chico de mis sueños. Y en ese terreno no estaba dispuesta a competir. Otro mandamiento de mi sabia hermana aseguraba que no daba buenos resultados mezclar sentimientos con negocios. Julio, en su campo, era estupendo, a mí me hacía feliz y estaba como un queso. De momento, suficiente. Andar desparejada de manera oficial en el conservatorio no llevaba a nada bueno, te caía en seguida el mote de «rara» y no lo soltabas ni con agua caliente.

LA PRIMERA vez que la vio, los dedos de sus manos, escondidos en el fondo de los bolsillos, iniciaron una sonata para piano. *Sonata para Genevievé* se llamaría siempre en su cabeza. La extraña belleza de aquella mujer iluminaba el salón mientras el corazón de Glenn, estúpido, egoísta y misógino, conocía el ritmo de los caballos salvajes. Desde aquella tarde, brumosa y teñida de premoniciones, de un frío enero de mil novecientos treinta y nueve, las notas de esa sonata no abandonaron los dedos del pianista.

Ella no lo miró. Toda su atención giraba en torno a Joaquín, Joaquín Domínguez, compositor como Glenn, sin las alas de su genialidad, aunque a Glenn no llegara casi nadie ni a rozarlo en ese punto, pero envuelto en la heroica aureola de los derrotados.

Nadie en aquel salón percibió los cambios que tanto dolor y belleza generarían. Continuaban viendo a Genevievé pendiente y enamorada del músico español y en Glenn al mismo insoportable, frío y genial compositor. Se necesitaba una mirada especial para percibir el ligero temblor en los labios de la bella displicente: ella también había sido tocada por el mismo rayo que Glenn.

Habrían de quemarse en un fuego sin llamas y sin llegar a tocarse jamás. Era como si ambos pagaran con esa perfecta renuncia al sentimiento recién nacido por todos los dones recibidos: él, el divino don de la música; ella, la perfección de una diosa.

Glenn jamás había pasado desapercibido; hasta donde le alcanzan los recuerdos, su presencia concitaba todas las miradas. Todas, excepto las de aquella mujer. Por primera vez, el hombre de hielo conoció las garras del odio, irracional y sin fisuras; el odio resentido del excluido; el odio desesperado de quien mira a una estrella sabiendo que ella continuará brillando, indiferente, y abrasándolo. Y, sobre todo, el odio al mediocre que ha logrado esa inmerecida mirada de la mujer.

Ella lo ignoró esa tarde y muchas más. De pronto, toda la vieja superioridad de aquel genio que se disputaban para conciertos en salones y auditorios, que rechazaba sistemáticamente grabar cualquiera de sus composiciones y escasas veces consentía en que otros las interpretaran, se fue por el desagüe de una mirada no recibida.

Geneviév se había nombrado madre y sombra protectora de Joaquín, así como de todos los republicanos, amigos, conocidos o simples españoles vencidos, que Joaquín ponía bajo el extenso y generoso manto protector de la rica viuda de un embajador. Convencida y ardiente defensora de la vencida República Española, incorporó a sus tareas de mujer ociosa y con los mejores contactos de París, la de recaudar fondos, para la resistencia y para atender a cuantos llamaban a su puerta con la aureola de perseguidos por Franco y su dictadura.

Giraba, como una mariposa ciega, en torno a la difusa aureola del martirio que representaba Joaquín. Por eso ni siquiera se permitía la frivolidad de recoger la mirada ardiente de Glenn.

Glenn la seguía, casi a escondidas, por cuanto acto organizaba la entusiasta y hermosa Geneviév. El altivo genio se convirtió en el invisible admirador de aquella mujer. Ni se acercaba, convencido de recibir una negativa o, peor aún, algún insulto a su falta de ideología. Glenn solo había vivido por y para la música; ella había sido su alma y su piel. Tampoco le había exigido sacrificios, la música se entregó a

él como una generosa amante, él se limitaba a poseerla en exclusiva. Además, podía permitirse la excentricidad de no necesitar venderse, la considerable fortuna personal y familiar lo instalaban sobre el pedestal de un privilegiado que habría dedicado sus días al ocio y la juerga de no haber nacido con un don para la música tan extraordinario como desperdiciado en su caso.

Genevievé, lejos de la fingida indiferencia, intuía su presencia y necesitaba sentir en su nuca la mirada obsesiva del compositor para soportar incluso respirar. Lo amaba tanto que, imbuida en la culpa de poder traicionar a Joaquín, renovó sus esfuerzos por proteger al español, tanto que, en los salones de la feliz burguesía parisina, la miraban casi como a una mártir.

—Necesito que me ayudéis.

Genevievé, bella y brillando de un modo especial aquella noche que los incluiría para siempre en la leyenda de la música, había dado unos golpecitos en su copa de vino para atraer una atención ya generalizada porque en torno a su figura revoloteaba la admiración, la pasión y el galanteo, como una danza a la cual estaba tan acostumbrada que, o no la veía o fingía que no existía. Todos guardaron silencio. Joaquín Domínguez, el mediocre compositor, no estaba a su lado, la mala salud lo retenía con frecuencia y ella lo depositaba en un lecho de plumas rodeado de los mejores médicos. Tal vez fue esa ausencia la que permitió la audacia de Glenn.

—Necesito vuestra ayuda, amigos —allí, hermosa y con la aureola añadida de aquel fervor combativo, de aquel martirio que la diferenciaba de todas las demás mujeres, parecía la figura central de una ópera italiana—. Como sabéis, los republicanos españoles resisten a la espera de lanzar un nuevo ataque al fascismo en España... Había pensado ofrecer un concierto que, además de conseguir algunos fondos, sirviera para que no olvidásemos esa lucha pendiente...

—Cuentas con todos nosotros como público —dijo alguien levantando su propia copa—. Y con los muchos amigos que llevaremos, naturalmente.

Un coro de murmullos aprobó la propuesta. Muchos continuaban cortejando a la esquiwa y ahora enamorada Genevievé, porque, cuanto más se alejaba, más la deseaban.

—Ya contaba con ello. —Sonrió y a Glenn le pareció que un trozo de cielo se encarnaba en aquel rostro levemente imperfecto y por eso mismo aún más hermoso—. El problema es que necesitamos algún músico de cierto renombre burgués para que nuestros biempensantes amigos aflojen de mejor gana, no solo la entrada, sino alguna aportación económica extra...

Fue entonces, para asombro de cuantos lo conocían, cuando Glenn avanzó unos pasos hasta colocarse tan cerca de la mujer como para emborracharse con su perfume y envenenarse definitivamente con su aliento.

—¿Puedo servir?

Quienes habían rogado, con generosas ofertas, el favor de su música abrían la boca pasmados. ¡El esquivo, soberbio e inaccesible músico se ofrecía para un concierto benéfico!

—Será un placer —dijo ella, mientras se acercaba y colocaba sus labios en las mejillas del enamorado.

Un roce tan ligero, tan puntual y esquivo se convirtió en la cicatriz que ambos llevaron para siempre: él en la mejilla; ella en los labios. Les bastaría con repasar esa cicatriz para volver a sentir la intensidad de aquel levísimo contacto. Vivirían condenados a ese instante hasta el final de los días.

Para comprar un alma no se necesita la presencia del diablo, tampoco son necesarias promesas de eternidad o gloria, juventud o dinero; las almas más esquivas se ofrecen, sin dudas ni negociaciones,

al beso de una mujer. El beso, casto y de simple gratitud, al menos en lo falso de su apariencia, que Genevievé colocó en la mejilla esa noche, compró el alma de Glenn. El alma de la mujer también quedó encadenada en el mismo instante.

Una semana más tarde, casi a finales de febrero, en un auditorio abarrotado, músicos, agentes de conciertos y casas discográficas, curiosos que habían escuchado hablar de aquel músico canadiense excéntrico e impagable, esperaban, impacientes y fascinados, a que las luces iluminaran el solitario piano, un Steimberg, y apareciera él. Cuando las luces se apagaron y los focos iluminaron al músico, el silencio podía cortarse.

El corazón de Genevievé latía tan fuerte que, por momentos, creyó que no podría soportar su falsa impostura de cariátide.

Fue la primera y única vez que se escucharía en público una sonata que, con el tiempo, se convirtió en leyenda y que, quienes la escucharon, ni lograron olvidar ni salir del hechizo de sus notas. Sonata de amor, en tres tiempos y un lamento.

Ni siquiera yo, el único ser vivo con permiso para estar cerca del esquivo e insoportable genio; yo, que había escuchado su música e incluso asistido al nacimiento de alguna de sus muy escasas composiciones, ni siquiera yo, logré escapar al hechizo de aquella sonata. ¡Aquellas notas no podían ser humanas! ¿Qué precio exigen, los dioses o el diablo, a quien regalan tal capacidad?

Ni uno solo de cuantos asistieron al concierto, breve porque solo duró los cuarenta y cinco escasos minutos de la sonata, logró moverse un milímetro ni olvidarla jamás. La propia Genevievé permaneció embelesada, muda y tensa como un arco a punto de dispararse durante el tiempo en que Glenn, contra todos los románticos cánones de pianista, ejecutaba sin mover un músculo de su rostro ni despeinar un cabello, como si ni siquiera requiriera un leve

esfuerzo. Desde el piano, controlaba nuestros sentidos y los ataba a las teclas.

Sonata de amor, en tres tiempos y un lamento.

Así se presentó en el programa que algunos guardaron como una reliquia. Muchos años después, pude ver como se cotizaba en millonaria subasta uno de esos programas. No supe entonces si llorar por la desdichada historia que pocos conocíamos, o soltar la carcajada que, a buen seguro, estaba lanzando Lucifer en ese mismo momento.

En la larga historia del arte existen leyendas, mitos, sueños y genios. Nada enardece tanto a los amantes del arte como esas obras, de cuya existencia llega a dudarse y se colocan en el limbo de las leyendas soñadas, tal vez solo creíbles porque alguien afirma existieron alguna vez: un cuadro del gran Leonardo tan solo conocido por la referencia de algún pintor de su época; la obra poética de Lupo, el poeta que el mismísimo Virgilio nombra como su maestro... La sonata amorosa de Glenn Glondelier.

Si Glenn fue el instrumento del azar para vencer a Genevieve, lo logró con creces. La vi, tan solo unos instantes, terminado el concierto: llevaba en el rostro la palidez de los cadáveres.